

FOGWILL:

La chica de tul de la mesa de enfrente (1979)

Vi tul. Tal vez a causa de las cortinas de red del bar del aeropuerto. O por la lectura con poca luz, concentrado durante horas en la pequeña caligrafía de Michel: su tinta roja sobre papel cuadriculado. Pero yo vi la imagen de un tul cubriendo el perfil derecho de la cabeza de la mujer: de eso estoy tan seguro como de que yo soy yo o de que ahora escribiré que me llamo Onrubia. Me llamo Onrubia. El manuscrito de Michel me atrapaba. La letra clara y caligráfica no era la suya: debió de haber exigido mucho su voluntad para copiar así las doscientas hojas oficio cuya lectura me atrapaba. Vi el reloj en la pared del bar: las once y treinta. Había leído casi sin interrupción durante dos horas aquella letra sufriente y roja, hasta el instante en que creí escuchar mi número de vuelo por el altavoz: alcé la vista, miré el reloj y sentí que otros pasajeros en mesas próximas a la mía también se disponían a atender un mensaje. Comprendí que ellos también estaban confundidos, porque el speaker no hablaba de nuestro vuelo —el 811, eight-one-one— sino de Taiwan Airlines, y volví al manuscrito. Fue en el instante de alzar la vista, ver el reloj, ver a algunas parejas de las mesas vecinas que se movían nerviosamente para escuchar aquel informe, confirmar que todos habíamos sido víctimas del mismo error y volver a la lectura, cuando descubrí a la mujer sola en su mesa, dándome su espalda y el perfil derecho; creí ver tul velando la piel de su cara y de su cuello, y clasifiqué su imagen en mi memoria como “la chica de tul de la mesa de enfrente”. Tan fuertes eran el atractivo de aquel texto y mi irritación por el atraso que sí consideré la improbabilidad de hallar a una mujer con tul en una mesa del aeropuerto de Heathrow al filo del mediodía.

Seguí leyendo. Cuatro páginas más adelante finalizaba el manuscrito y resolví leer ese tramo lentamente y bien dispuesto

a oír la voz del narrador, que desde el comienzo del relato era la de un muchacho de suburbio porteño, agardelado y negligente, tan distinta de la voz de Michel, corporal y proclive a retardar las erres velares y las vocales abiertas hacia el fin de las frases, quizá para sentirse más francés.

Ni aquella voz era la suya, ni las imágenes, las vivencias y los objetos que el texto trataba de inocular en el lector eran suyos. Cualquier conocedor de la obra de Michel y de las fuentes de su rica imaginería advertirá que esta *nouvelle* obliga a replantear todas nuestras expectativas hacia su producción futura.

Hacia el final, el texto decaía levemente a causa del manejo de los verbos: Michel es franco-argentino y se empecina en escribir español, tal vez porque sigue creyéndose miembro del grupo de escritores entre quienes lo conocí en Buenos Aires, hacia 1958, como si no supiese que ya todos han muerto.

Su formación universitaria parisina y tantos años sin hablar español han perturbado su manejo de la función verbal, falla perceptible cuando escribe sobre recuerdos que lo sorprendieron en el pasado, o sobre recuerdos de recuerdos. En tales casos exige al mango nuestro pretérito perfecto para ajustarlo al compuesto relativo francés, y a menudo se enreda en imprevistos subjuntivos que incomodan al lector y enraecen el texto por la profusión de sonidos evanescentes, con predominio de terminaciones en “ese” y en “ere” que acaban rimando. Esto podría resolverse con una ínfima corrección: cualquier profesorcita de gramática, en una jornada de seis horas, transformaría el relato en una pieza inobjetable. Quizá lo haga yo mismo si alguna vez resuelvo publicarlo. Michel, que fue redactor de *Le Monde* y trabajó como jefe de la sección Ciencias de *Les Nouvelles Littéraires* antes de integrarse a la elite de redacción de *L'Express*, nunca hizo literatura en su lengua materna. Su poema “Frondes” —el único que ha publicado— apareció en París en edición bilingüe, pero la versión francesa de Adela Núñez es una gélida traducción literal y la tipografía que eligió Ángel Varela Núñez para esas transcripciones a pie de página no era sino un convite a obviar su lectura. Hasta su ensayo sobre Lautréamont y La-

forgue, cuyo resumen publicó como anticipo editorial *El País* de Montevideo, fue escrito en español, a pesar de tratar sobre los textos franceses de esos uruguayos cuya obra Michel conoce de memoria.

El día anterior lo había visto por última vez y me confesó que hacía más de tres meses que no oía hablar nuestro idioma, a excepción de sus propios registros en el grabador. Pensé que de prolongarse su aislamiento concluiría perdiendo la fluidez de su prosa, ahora que ha dejado la poesía, según anuncia, definitivamente.

—Así —le dije— vas a terminar escribiendo en inglés. ¿Por qué no tratás de escribir prosa en tu idioma...?

Se encogió de hombros. Sonreía, pero no respondió. Era la típica actitud que bien le conocemos desde que hizo crisis su enfermedad. Fui duro con él, pero esta vez me interesaba entusiasmarlo para que pidiese una nueva junta médica y lograrse el alta que le permitiría viajar a París o a Buenos Aires, donde, rodeado de su gente, trabajaría mejor. Pero él se empeña en esperar, tal vez temiendo que un nuevo rechazo de los médicos lo obligue a reconocer la irreversibilidad de su estado.

—El próximo año veremos... —me dijo.

—¡Pero estamos en marzo...! —protesté.

—Para enero, para las vacaciones de invierno de los médicos... —resolvió sonriente, refugiado en su obstinación.

Yo lo visito cada vez que voy a Europa y este año he viajado sólo para reunirme con él. Si lográsemos su alta podría instalarse en París, con su pensión de la revista, o en Buenos Aires, donde con una cosa u otra podría mantenerse y recuperar contacto con lo que él cree es su generación literaria. En cualquier caso, un nuevo examen no será su última oportunidad, y si lo fuese acabaría con sus absurdas esperanzas de cura, que no hacen sino frenar su carrera y la de tantos que escribimos pendientes de su obra.

Pero hace un par de años que adoptó esa actitud de “amo del tiempo” (así se hizo llamar) y ríe cuando alguien intenta apresurar sus decisiones, ya se trate de la entrega de un texto, la ingestión de un comprimido o la formulación de una opinión durante el diálogo.

Sus compañeros de clínica lo evitan: son ingleses y en él concentran su predisposición contra sudamericanos, franceses e intelectuales en general, confluyendo en esa pose despectiva que pude verificar en mis últimas visitas. Quizás algo parecido suceda con los médicos, sus asistentes y el personal de la clínica, pero desde su posición privilegiada lo disimulan mejor que los pacientes, con quienes Michel se sigue condenando a vivir catorce horas diarias. Él se despreocupa:

—Son enfermos, son ingleses, están *crevé*... —dice, y no pocas veces los ayuda en sus tareas, redacta en impecable inglés correspondencia a sus familias y repara sus objetos rotos. Una radio, un televisor, el juego de sweepstake de un anciano o el audífono de un compañero hipoacúsico: la mesa de su cuarto está siempre cubierta de objetos esperando turno para ser reparados, pintados o ajustados, y él vuelca su energía sobre aquello todas las tardes, como si fuese la continuidad de una novela largamente acariciada.

Por ser divorciado y no tener familiares consanguíneos, la autoridad británica no permite su salida de la clínica. Inútiles fueron las gestiones diplomáticas del gobierno francés y las que realizó el padre de Jorge Telerman cuando fue cónsul en Londres: la ley inglesa es implacable, y como su enfermedad comenzó cuando estaba cubriendo un congreso oficial en Edimburgo, hasta tanto la junta médica del condado apruebe su alta se encuentra bajo la protección de la medicina local.

Según pude averiguar, aquí los médicos son insobornables. De lo contrario no sería difícil reunir una pequeña suma y comprar su alta bajo la reflexión de que su cuidado cuesta al contribuyente inglés más de ciento cuarenta libras esterlinas diarias. Pero lo único que necesitamos es la colaboración de Michel, que se niega a simular durante las entrevistas y los interrogatorios y últimamente se resiste a reclamar la revisión de su caso, lo que para las autoridades de la clínica —vi su último informe— indica la evolución negativa del cuadro.

Concluí la lectura de ese largo relato que inaugura una nueva temática en su obra. Estaba habituado a sus sorpresas, pero esta vez me asombró el valor con que el hijo de una familia de banqueros franceses se instala en el oprobio

de un chalecito pequenoburgués de suburbio y, sin concesión alguna, se apodera de ese mundo y habla con la voz de sus habitantes hasta provocar tal efecto de realidad que ningún lector dudaría de su carácter autobiográfico. La *nouvelle* narra la historia de un muchacho lanzado a marchar por el mundo hasta entender que marchar no necesariamente es desplazarse por la superficie de la tierra, pues para hacerlo basta resolver no ser ni estar entre los hombres sino deslizarse entre ellos, sin concesión ni simulacro de piedad hacia sus condenadas existencias. ¡Magistral! Michel me entregó esa *nouvelle* junto con su libro de relatos, restándole importancia:

—Es un ejercicio, tiralo —dijo.

No tenía título. Y él, que fue tan enfático al rogarme que enviara tipiado su libro de relatos *La muerta Punk* lo antes posible, me pidió que no gastase dinero en corregir y mecanografiar su *Historia del caminante*, que ya era una cosa “olvidable”... Al terminar la lectura de la *nouvelle* resolví titularla *Nuevas de un caminante* y miré el reloj: eran las doce. Cerré la carpeta, y fue una sucesión de casualidades, que por mi ánimo de aquel momento (venía cansado, aún seguía oyendo la voz imaginaria del narrador, estaba cada vez más indignado por la demora inexplicable en la partida de ese vuelo de la compañía argentina) no vacilé en registrar como una prueba más del valor de la obra. En efecto, en el instante de cerrar la carpeta del manuscrito percibí la presencia del mozo reclamando cobrar, pues eran las doce y dejaba su turno. Mientras recibía el cambio encendí un cigarrillo y mientras inhalaba el humo se interrumpió la música funcional, probando que algo sería anunciado por los altavoces, y me dije: “¡Mi vuelo!”. Dejé la carpeta sobre la silla, junto a mi impermeable, y afiné el oído: “Aerolíneas Argentinas announces the departure of its flight 811. Passengers are requested in the first floor with personal documents. Thank you”.

Medio centenar de personas comenzó a obedecer. La mayoría, hombres con familias, niños y paquetes, se dirigía hacia la puerta principal. La mujer de tul estaba sentada a una mesa ubicada entre la mía y la caja registradora del bar. De espaldas, podía ver sólo el perfil derecho de su cara, su mentón

y su cuello. Miré sus piernas: llevaba tenues medias marrones y zapatos color suela. El tapado me pareció de antílope o gamuza, color mostaza, casi marrón claro. Su pelo, de tono castaño rojizo, armonizaba con los colores de su piel, casi morena, tal vez por efectos del maquillaje. No pude ver su cara, imaginé que sería bella. Al ponerse de pie, confirmando que pertenecía a mi vuelo, pude verificar la elegancia de sus movimientos mientras lucía su tapado de piel de antílope (o gamuza, o napa), que, en un tono levemente más claro, jugaba con la gama de colores de sus zapatos y su vestido. Bajo el conjunto de cuero traía una camisa de seda marrón oscuro, con motivos búlgaros amarillos o grises. No se volvió.

“Arquitecta”, diagnosticué. Minutos antes la había visto guardar en su bolso un lápiz de dibujo que me bastó para clasificarla: arquitecta o diseñadora de interiores.

—¿Por qué no dibujante o diseñadora de modas?

—Creo que por su manera de fumar, por su indumentaria clásica y porque mientras una dibujante se hubiese inclinado más sobre la mesa, una diseñadora de modas combinaría esos mismos tonos de ropa con mayor atrevimiento.

Su cartera o bolso disipaba cualquier duda que en otro estado de ánimo me habría animado a formular: distintos tonos de marrón y beige imitaban el tratamiento de talabartería fina que se emplea en la práctica de salto hípico: era un objeto caro y probaba que esa pasajera de mi vuelo —para mí, “la mujer de tul del aeropuerto”— era argentina, pertenecía a un grupo de buen nivel de ingresos y tenía cierta afinidad con las actividades del campo o con el culto de los valores hípicos y campestres. Eso probaba el bolso. Eso probaban sus movimientos.

Y no llevaba tul. La imagen de tul había sido efecto del cuadriculado del papel de la clínica de Michel o de la red de las cortinas del bar del aeropuerto, o de mi agotamiento, o tal vez de un párrafo donde el narrador hablaba de una tía que había enviudado hacia 1940, y las viudas de aquellos tiempos usaban velos de tul, o así las imaginaba yo desde muy niño, y no era el instante de esa primera lectura el más indicado para poner en cuestión mis prejuicios ni los del protagonista y narrador de la *nouvelle*.

Reparé en el medio centenar de pasajeros que trataban de abrirse paso en el hall rumbo a las escaleras: cargados de niños y paquetes, predominaban entre ellos equipos de sonido, cámaras y televisores portátiles. Muchas mujeres llevaban tapados en la mano, en flagrante redundancia con los impermeables y tapados de piel que vestían, y hasta los niños de tres o cuatro años arrastraban inevitables bultos. Fui uno de los últimos en salir del bar, pero con la ventaja que me daba mi marcha sin equipaje pronto me encontré al frente de aquel tumulto ruidoso que abundaba en voces seseantes (“ches”, “mamá”, “esperenmén”), y así, en medio de mi marea argentina, perdí de vista a la mujer de tul.

Yo era uno de ellos: obedecía disciplinadamente las instrucciones del altavoz y cuando llegué a la oficina de nuestra compañía, donde algún pasajero increpaba a los empleados, tomé mi puesto en la cola y esperé que la mujer uniformada me entregase el ticket para el almuerzo, que correría por cuenta de la empresa. Las empleadas informaban que el vuelo partiría recién a las seis de la tarde.

Interrogué a la mía:

—¿Es seguro que partirá a las seis?

—¡Sí, naturalmente...!

—¿Y no hay riesgos de que parta antes?

—No, seguramente no...

—¿Sabe si hay otro vuelo o una combinación con Ámsterdam o Madrid que me permita llegar antes? —le pregunté.

—No. Ya hemos consultado, están cerradas las listas de espera a causa de la niebla...

—Si voy a Londres, ¿puedo llamar para confirmar el horario, por si demora más tiempo...? —pregunté resignado.

—Sí, pero mejor llame a la oficina de tráfico... —me dijo, despectiva, y me dictó un número telefónico que memoricé pues era muy fácil. Hablamos en inglés. Era argentina, la estúpida. Y sigo sin comprender por qué siempre uno entra en el juego de estas empleadas de nuestra compañía aérea, que parecen azafatas retiradas o sobrinas de algún gerente de la empresa —por lo general un aviador militar— y que jamás hablan español, idioma en el que hasta pueden parecer educadas.

Éramos pocos pasajeros: medio centenar para un jet de no menos de ciento ochenta plazas. El vuelo haría escala en Madrid y allí se completaría con turistas. Tal vez algunos del “811” habrían logrado cambiar sus reservas y filtrarse en un vuelo de Varig o KLM que mediante algún transbordo los dejaría en Buenos Aires mucho antes que a nosotros. Me preocupaba: ¿No había perdido mi oportunidad de cambiar de máquina por haberme concentrado tanto en el texto de Michel...?

Afortunadamente podía volver a Londres en taxi, mirar vidrieras y hacer alguna compra; despachado mi equipaje, me identificaría con mis paisanos dotándome de paquetes y equipos siempre portátiles, siempre eléctricos, siempre con un transformador para adecuarlos al voltaje de Buenos Aires.

Recordé a la mujer de tul. Entre todos, ella, yo y un señor canoso de patillas muy armadas y gabán de piel, éramos los únicos de la comitiva que no cargábamos paquetes con cables. Por azar, o por alguna secreta afinidad, los tres llevábamos nuestros tickets en la mano y los tres llegamos juntos a la escalera del restaurante principal del aeropuerto, donde se serviría el almuerzo.

Estudí el caso: me convenía dirigirme al señor de patillas. Entonces, si con un par de frases lograba que los tres compartiésemos cierta conciencia de grupo, o una mesa, mi éxito con la chica de tul quedaba asegurado. No había visto aún su cara, pero sentía su presencia tibia y profunda y hasta creí escuchar el roce de su tapado pocos centímetros detrás. Le cedí el paso. Vi cerca su perfil: tan fuerte. Era alta: con tacos casi alcanzaba mi estatura —un metro ochenta y ocho—, y su cuello era largo y de líneas delicadas que parecían continuarse en su mentón formando una armoniosa curva bajo su nariz recta, casi griega.

—¿Griega?

—No: en el ala izquierda de la nariz tenía un lunar. Otro significaba graciosamente su pómulo derecho. También tenía lunares en la región del cuello, pero más pequeños. Mientras la escalera mecánica nos transportaba rumbo al hall principal, noté que esos lunares, ahora tan cercanos, habían reforzado la impresión de tul de la mañana. Recordé los tules de

mi infancia, con nudos de hilos de seda que, tejidos en las intersecciones de su trama, simulaban flores o, mejor, insectos atrapados en una red. Eso era: aunque fuese el efecto de la luz del sol reflejada en la niebla del aeropuerto y atravesando las cortinas reticuladas del bar, o efecto del cuadriculado del papel de la clínica y de la letra roja de Michel o, en fin, mero efecto de la fantasía provocada por la prima del narrador, que enviudaba precisamente en aquellas páginas del manuscrito, allí en la escalera del hall del aeropuerto, los lunares, tan importantes para consolidar mi proyecto de tul, descartaban cualquier imputación de rasgo helénico al perfil de la chica de tul, al dotarla de una piel entre hispánica e itálica: una piel argentina, en suma. Piel argentina, maquillada en Londres, con cosméticos que parecían de moda en la ciudad, que yo aún no había visto en Buenos Aires y ahora gravitaban en gamas de marrones y sugerían un tacto húmedo en la piel que los fabricantes han de haber estudiado cuidadosamente antes de presentar al mercado.

El perfume de la mujer, al pasar junto a mí, era Quartz, o Chanel 27, y no armonizaba con su ropa de cuero. ¿O tal vez armonizase y yo no estaba al tanto de las últimas reglas de correspondencia entre indumentarias y perfumes...? No era el momento de indagar. Era el momento de la acción y hablé para ella, dirigiéndome al señor canoso, de patillas *brushed* y tapado de piel. Nuestro acompañante tenía unos cincuenta años, era corpulento, fuerte, y lo creí argentino:

—¿Ha visto que pasaron toda la mañana en el bar bebiendo y comiendo y corren ahora a almorzar, cada cual con su ticket...? —dije, refiriéndome despectivamente a las familias con niños y paquetes.

—*I'm sorry. I don't understand your language* —respondió.

La mujer me sonrió. Entendió que yo hacía causa común con el señor y con ella. Mi primera batalla estaba ganada. El señor era funcionario de una empresa holandesa. Viajaba a Río y maldecía haber tomado un vuelo de la empresa argentina. A su retorno planeaba escribir una carta a su agente de viajes: ¡jamás había visto descortesía semejante y ahora

perdería una importante reunión en “Río São Paulo” a causa de la falta de seriedad de los argentinos! Asentimos. La chica me miró. Tenía ojos marrones tan claros que preferiría escribir verdes. Pero eran marrones: castaño claro, color miel oscuro, color dátil. El señor hizo un ademán hacia ella: comprendía que formábamos un grupo diferente y ensayó una pequeña reverencia, simulando quitar un sombrero inexistente:

—*Good morning...!*

—*Good morning, sir!* —me dijo despidiéndose, y caminó hacia la peluquería del hall del aeropuerto, para desligarse de nuestro grupo argentino o, consciente de mi maniobra, para cederme el botín al que mi habilidad justificaba que aspirase. Jamás volvimos a verlo. Debió de haber pasado a un vuelo de Varig que escuché anunciar pero al que los representantes de la línea argentina dijeron no poder transferir pasajeros.

En el manuscrito de Michel, al narrador le sucedía algo semejante: enamorado de una muchacha de su pequeña ciudad, no se atrevía a enfrentarla directamente y por su orgullo natural jamás pediría a alguien que los presentase. Un hecho fortuito resolvió su problema: el padre de la pequeña había comprado un automóvil igual al de su padre y él rondó por el taller mecánico representante de esa marca americana hasta tropezar con su hombre. Se habló. Se dieron cita para probar sus automóviles y así, amparado en su relación mecánica con el padre, pudo el héroe conocer a la muchacha. Lo interesante de la historia es que también ella había programado conocerlo. Impulsada por su amor, encaminó a su padre a comprar la marca americana que había visto conducir al muchacho, o algo en ese estilo. La historia concluía mal, pues el narrador, atemorizado por su mediocridad, no se atrevió a hacer el amor con la heroína, y la chica acabó casándose con un abogado o algo desagradable en ese estilo. Sí: Michel escribe en ese estilo.

Pero ahora el viejo se había marchado y estábamos juntos en el hall, unidos por nuestra pertenencia al grupo que él, unilateralmente, había disuelto, interesado sólo por llegar a “Río São Paulo”. Éramos dos y le hablé muy directamente:

—¿Vos tenés hambre...?

Y pensé que había cometido un error, pues la inflexión de mi voz exigía que respondiese “no” o que respondiese “sí”, asumiendo que ella era distinta, porque al pronunciar “hambre” había insinuado algo execrable, como preguntando: “¿Vos tenés micosis?” o “¿Vos tenés parientes peronistas...?”. Era un error. Ella lo percibió. Eso ha de haber neutralizado cualquier supuesto negativo para mis intereses, porque dijo lo que yo necesitaba:

—¿Hambre? ¡No...! ¡Qué atraso atroz! —aliteró.

—¡Es insoportable! Y para colmo te dejan allí sin avisar... Si al menos cumpliesen con la hora prometida, pero vas a ver que seguirán demorándose, eso me dio a entender la empleada...

—¡No, por Dios...! ¿Cómo te llamás? —preguntó.

—Onrubia —le dije—, Rodolfo Onrubia, ¿y vos?

—Marcela.

No me interesaba su apellido. Convencido de que alguno tendría, sólo me interesaba conducirla lejos de donde nuestros paisanos comían, sus niños gritaban y sus paquetes se confundían bajo las mesas. Entonces recordé que debía de ser arquitecta o decoradora, y la invité:

—Mirá... en Burgin's hay una muestra de Escher... abren a la una, ¿querés que vayamos? ¡Yo invito el taxi!

Ya estaba comprometido, después del entusiasmo con que había pronunciado Burgin's y Escher; si no me acompañaba, me condenaba a ir solo a Londres o a permanecer junto a ella como un desgraciado más.

—¡Bárbaro! —asintió ella, y yo confirmé por un par de segundos que era arquitecta. Después debí revisar mi teoría, cuando mostrando su lápiz confesó—: ¡Mirá qué lindo...! ¡Lo encontré en un sillón del hall...! Me dio no sé qué devolverlo... —Era penoso, pero la absolví:

—Claro... para qué lo vas a devolver... ¿te creés que el dueño lo va a reclamar? —Sentí cómo se derrumbaba mi castillo de arquitectura y caía en pedazos en el lugar donde yacían las últimas hilachas de mi tul: el relato, la región de los recuerdos que enriquecen o justifican la memoria. Pero lo importante es que hasta aquel momento había sido mi

arquitecta de tul de la mesa de enfrente, y que lo seguía siendo hoy por la tarde, cuando le inventé un título a este relato. Por supuesto, ella ignoraba quién era Escher, pero no era la única. ¿Cuántas de mis lectoras de 1979 creyeron que me refería a un paisajista inglés? ¿Y cuántas han pensado que Escher (que se pronuncia sssher) es un producto de mi potente imaginación y no una más de las refinadas citas que por la época de su primera redacción enriquecían mis textos...? Ni el lápiz era suyo, ni era arquitecta, ni decoraba nada, pero tenía un campo. Eso contó antes de ascender al taxi: tenía un campo, y su hermano agrónomo, que amaba el campo, estaba becado en Inglaterra y la había invitado al campo, a pasar con él unos días. De paso, ella había llevado las rendiciones del administrador del campo y, como él vivía pensando en el campo, no podía dejar de tenerlo al tanto de las cosas del campo. ¡Y personalmente...! Porque las cosas del campo se tratan personalmente. Más en una familia de campo como la suya, tan numerosa del campo y en la cual la parte de campo que comparte con su hermano que es ingeniero en campos tenía tantos problemas. Naturalmente: problemas de campo. Y el taxi estaba entrando a la ciudad y ella continuaba en el campo. Entonces la introduje:

—Yo tuve un campo, lo vendí, gasté el dinero en muebles, libros y regalos para mis amigos. No leí los libros. Después debí mudarme, no pude llevar los muebles: los rematé. Al tiempo me malquisté con los amigos y ahora sólo me acuerdo del olor de una glicina que había en la parte trasera de la casita del capataz. ¡Del campo!

La historia le encantó: imaginé que yo estaba comenzando a gustarle. Ella me gustaba: con campo, con ropa de buena calidad y sin televisor portátil: íbamos bien. Tenía alhajas de platino y un brillante en su anular izquierdo. El diseño de la joya era actual: no era como su campo, algo heredado. Pero ella jamás habría comprado ese brillante distrayendo una fortuna que tanto rendiría invertida en mejoras del campo. Alguien lo había elegido para ella, pensando en ella: una fortuna. Un hombre: ¡Su marido! ¡Su marido muerto! Eso pensé: a esta turra se le murió el marido. Es claro: la imagen

del tul, la viuda, el luto, los años de la guerra, las florecillas y los insectos atrapados en la trama del tul seguían en vigencia. (... Al verla, por los cuadros del manuscrito o por la sombra de la red de la cortina yo imaginaba un tul de viuda de la década del cuarenta. Leía un párrafo que el narrador explotaba para hablar de una tía que jamás se había despojado del luto, etcétera.) Luto o tul: la palíndroma es prueba. Era viuda y se lo dije directamente, sin temer hierirla ni que me imaginase un loco. ¿Qué podría perder yo si ya estábamos a mitad del camino en ese taxi gasolero que nos llevaba al centro de la ciudad de Londres...?

—¿Sos viuda? —pregunté mirando su anular. Mi frase debió sonar como una orden. Ella palideció. Estaba relajada, con las piernas extendidas en ese taxi inglés, y fumaba en paz hasta allí, pero al oír mi pregunta su rostro se heló, sus piernas se encogieron y giró su cuerpo enfrentándome, que estaba en una posición idéntica a la suya.

—Sí, ¿cómo sabés? —pidió.

—Se me ocurrió: alguna sensación que tuve en este momento... —aseguré. Pero no me creyó.

El desgraciado se había muerto hacía dieciséis meses. Terrible. Atravesado: bala perdida. Tiroteo. ¡Trac! Tratava de encontrar dónde estacionar. Su otro coche. Se llamaba Tomás y era abogado, pero dirigía una empresa de construcciones. No llegaron a tener chicos: sólo dos años casados. ¡Gracias a Dios! Si no... ¡Qué terrible! Al comienzo creyó soñar. Después se habituó: ¡era viuda! Se acostumbró. A salir: su hermano fue una ayuda. Y el campo... Pero antes que volviese a interesarse por el campo le comenté que yo también había dirigido una empresa de construcción, que jamás supe nada de ingeniería pero que a pocos meses de ingresar tenía a mis órdenes a una docena de arquitectos y calculistas e ingenieros. Le inventé que una vez un ingeniero conoció mi sueldo por infidencia de una secretaria desagradable con la que el pobre se había enredado y vino a reprocharme su bajo salario, y creyendo afirmar sus argumentos me preguntó: “¿Qué es un ladrillo, eh?”. Y yo le respondí que un ladrillo es un buen motivo para que a un ingeniero que creía

que los ladrillos eran para hacer casas, lo pusiesen a trabajar los que saben que los ladrillos son para hacer dinero y para servir como ejemplo de por qué algunos siempre vamos a ganar más que otros. ¡Reía a carcajadas! Había olvidado al marido y había olvidado el campo. Comenzaba, en cambio, a recordarme a mí. ¡Si hasta creyó la historia de la compañía de construcción...! ¡Y juro que la compuse allí, en el taxi! Lo advierto: parecía escrita por Michel, de tan buena, la historia.

Porque Michel tiene una capacidad increíble para diversificar sus temas. En medio de una novela puede producir en cada página un relato distinto que no se desarrolla en su ámbito y donde no participan sus personajes. Pero el lector pasa por alto tanta incongruencia atrapado en la red de sus palabras. Y no sólo el lector ingenuo: un lector avezado y crítico, no bien cae en el tul espeso de su relato, pasa por alto todos sus desvaríos, como los familiares de Michel y sus amigos pasamos por alto esas originalidades que anticipaban la esquizofrenia que lo apartaría para siempre de la vida normal.

No debí haber escrito “para siempre”. Esto expresa un deseo de que jamás se recupere y que muera olvidado en la clínica gubernamental de Dondall, para que sin comprometer nuestra amistad pueda publicar con mi firma esa *nouvelle* del caminante o la de los muertos punk que, no dudo, me lanzarían a una fama que mi obra, por ordenada y por metódica, no puede procurarme en el frívolo mercado de la literatura actual.

Reía la del tul. Había olvidado el campo y a su finado, y había comenzado a recordarme a mí. A mí me interesaba solamente su nariz, casi griega, que si no fuese por el lunar escribiría “nariz típicamente griega”. ¡Y yo a su lado! ¡En el taxi ella, yo y el proyecto de ver la exposición de Escher, y yo recordado! ¡Y la exposición! ¡Que yo había visitado días atrás! ¡Y que a esa altura del viaje me interesaba tanto como los pterosaurios del museo de Ciencias de Park Lane o la cerveza tibia de Miss Ery Pub, tan sosa y, sin embargo, tan embriagadora cerveza-beer...!

Pero ella, que había comenzado a recordarme, no olvidaba fácilmente mi “adivinación”. Pronunció esa palabra escrutándome, poniendo a prueba si acaso había mentido y tenía referencias sobre ella. Volvía al tema y yo no podía explicarle la historia del tul, la historia de la tía del narrador, mi historia personal, que vinculaba los lunares en las mejillas a las flores bordadas en las tramas de tules de antaño que en un relato de época enviudaban a cualquier mujer de un plumazo. ¿Cómo explicarle que a causa de un efecto retiniano sale tul, tropieza en cierto párrafo, decreta su viudez contra un accidente del aeropuerto que pone un lápiz que ¡trac! se cruza con un estilo de tomar el menú y pasa a otorgar diploma de arquitecta poco después de que ella misma me contara que había aprobado quince materias de derecho y que no descartaba concluir la carrera...? Dijo “descartaba”. E hizo el gesto de extender un mazo de cartas sobre una mesa imaginaria. Mi memoria agradece: alejado como estoy de la cuestión del “tiempo libre” nunca hubiese recordado la relación entre “descartar” y “cartas”, que gracias a esta pobre muchacha viuda pude recuperar y cuya referencia no descartaré de este relato, ahora que está llegando a la galería Burgin’s. Es la una y diez, hora en que entran los turistas y los empleados que aprovechan el tiempo libre del almuerzo para alimentar sus espíritus por recomendación de la cartelera de actividades culturales de mediodía que impone la página vecina a la sección deportes de los diarios que miran en el *subway*.

Invento ahora que el manejo de la perspectiva en Escher asombró a la chica. Le expliqué algunas cosas (plástica nunca ha sido mi fuerte) y cuando no pude más truqué una experiencia vital de Escher hecha a su medida:

—No: Escher no tenía campo ni trabajó en construcción, pero era belga. Era un viejito simpatiquísimo que viajaba con sus cuadros y, si no me equivoco, también él tenía un hermano agrónomo.

Creo haber hablado de eso hasta el cansancio, que nos sorprendió a ambos simultáneamente a la una y media. La invité a almorzar en un pub muy simpático de Hyde Park.

Por fortuna, todo riesgo de caminar sobre ese pasto inglés quedaba conjurado: había comenzado a llover.

En el pub tuve el infortunio de encontrar a Rufo Velázquez. Rufo salió de la Argentina cuando el famoso *affaire* en el que se mezclaron la cocaína, Ernesto Blanco y la mujer de Tulio Doncel. Creo que no puede volver al país, vive protegido entre sus amigos diplomáticos y se cree escritor. Hace seis años trata de concluir una novela que comenzó por el título. Recuerdo que cuando lo encontré en Italia me consultó:

—Che... ¿leíste *La caída del reino*...?

—No, ¿de quién es...? —pregunté.

—¡Bien! ¡Diez puntos! Sos el primero que me confiesa que no la leyó... Sabés qué pasa: no existe, la acabo de inventar. Les pregunto a todos y me dicen: “Sí, la leí hace mucho...”. ¡Bestias! Sos el primero. Pero te prometo: este año la escribo. Te felicito. —Y se perdió en la noche de Roma, tomando el brazo de la señora de nuestro agregado cultural, otro hombre de la Fiat.

Michel, que yo sepa, jamás puso título a una de sus ficciones. Y creo que Rufo hasta ahora no ha escrito más que un par de cuadernillos, que, según cuenta Blanco, son bastante aburridos, aunque con la edad el juicio crítico de Ernesto va diluyéndose como la cocaína cuando alguien, involuntariamente, vuelca sobre su platillo de cristal negro una copa de Drambuie obsolescente.

Rufo se nos metió en la mesa. No pude sino presentarlo. Él acercó a sus acompañantes ingleses, dos funcionarios de gobierno que atendía por encargo de la embajada: borrachos. A la de tul le importaban por igual los tres casi borrachos, las granujadas de Rufo o cualquier historia que yo hiciese sobre estancias, construcción o la obra de Escher. Lo único que parecía distinguirme de los tres imbéciles a sus pobres ojos maquillados era ser otro pasajero del “811”, víctima de una misma injusticia. Y compartir el secreto de su viudez, eso era fundamental. Debo reconocerlo. No lo “descartaré”. Antes de concluir el almuerzo —un roast beef con pepinos maravillosos—, Marcela contó a Rufo que me había conocido hacía

poquito y que yo le había adivinado “cosas”. Preguntó el signo a todos y Rufo habló de astrología. Yo me aburrí bastante, pero me controlé. Después de un rato de escucharlos cumplí con las reglas que Rufo y los ingleses semiborrachos habían transgredido y pregunté su signo: Libra: Balanza, Justicia, Equilibrio, Medida. ¡Nada que ver con tui!

—¡Buen signo! —dije para cambiar de tema, y en efecto, los ingleses comenzaron a hablar de la devaluación de su moneda y de la situación del Mercado Común. Uno de ellos recordó sus papeles, que estaban en la barra, y fue a retirarlos. Rufo se acercó a hablar con él en privado, yo pagué, y cuando regresaron a la mesa ya nos estábamos despidiendo. Subimos a un taxi. Eran las tres. Marcela estaba “encantada”: “Tipos encantadores tus amigos...”, dijo. “Sí”, respondí mientras pensaba que teníamos dos horas libres. Entonces la besé. En el taxi. El taxista, conmovido por nuestro avión, ignoró todo. Beso largo. Tierno y sensual, sabor a pepinos, café, torta de ciruela. Su perfume era delicado: fue necesario el beso para percibirlo a fondo. Y todavía lo recuerdo. Debí haber preguntado la marca, pero entonces me preocupaba otra cosa: la llave...

¡La llave! Tenía en mi bolsillo la llave del estudio de Dianne, mi amiga acuarelista. Lo había olvidado, tal vez culpándome por no haber ido a despedirla la semana anterior, cuando partía de vacaciones a Suiza. El perfume, casi seguramente, era Ivoire, Quartz, algo así: perfume de azafata pensativa.

La engañé:

—Te voy a presentar a una mujer maravillosa.

Indiqué la dirección de Dianne frente al Thames al chofer y en un par de minutos ascendimos los cuatro pisos de escalera hasta el estudio. Toqué el llamador y simulé esperar antes de exhibir la llave. El estudio estaba en desorden.

—¿Cómo tenés la llave...? —preguntó (no era tan tonta).

—Porque Dianne le regala una llave a cada visitante... es su manera loca de amigarse con la gente —respondí. Y me creyó. (Sí, era tan tonta.)

No bien entramos probé el teléfono: no funcionaba, Dianne suele anunciar cuándo regresa a Londres para que

se lo reconecten: no regresaría. Trabé la puerta y puse un disco mientras ella preparaba café... Hacía frío. No me atrevía a encender la estufa de carbón, pero ella dijo conocerla porque tenía una igual en... ¡el campo! En efecto, aunque tiznó sus manos y su nariz, en pocos minutos, aun antes de que la cafetera comenzase a borbotear, ya estaba la hulla emitiendo su misterioso calor seco e inodoro... Para algo nos estaba sirviendo su campo.

Loco por su nariz tiznada. Era fuerte, cartilaginosa. Esa expresión cuadraba: “cartilaginosa”. A veces pienso que hay gente epidérmica, gente ósea, gente sanguínea, gente nerviosa, gente muscular. Hay gente que es intestinal: todo su ser es una suerte de intestino, y hay gente hepática, y de pies a cabeza parece un hígado, desde su tacto untuoso de hígado hasta su manera de mirar hepático-biliosa ciertas personas son un hígado. En cambio Marcela era cartilaginosa y se lo dije. Fue un error: se interesó. ¿Cómo explicarlo? Traté:

—¿Viste que hay gente que te da deseo de pellizcarle la mejilla? ¿Y te pasa que hay gente que te da ganas de acariciarle el pelo? Bueno: vos me das ganas de tocarte los cartílagos: la nariz —toqué su nariz—, la nuez —acaricié y presioné levemente su frágil garganta. No recordaba más cartílagos.

—¿Dónde más hay cartílagos? —preguntó ella mirándose las manos, como buscando cartílagos bajo sus uñas, curiosidad, curiosidad. ¿Dónde más hay cartílagos?, me preguntaba yo. Recordé las costillas flotantes: tomé su cintura y palpé su hipocondrio hasta hallar el escudo cartilaginoso del tórax.

—Aquí hay cartílago —la adoctriné acariciando esa materia dura que tal vez fuera hueso, pero que en mi relato de entonces y en este de ahora he resuelto que será cartílago contra cualquier tentativa de anatomistas y críticos literarios por desacreditar mi decisión, tan útil. Observad: palideció. Creí haberla lastimado o que temió por descubrirse a solas con un tipo tan raro y tan dispuesto a llevarlo todo hasta las peores consecuencias. Pero no era eso. Era que palidecía y comenzaba a sollozar entre mis brazos. No era mi plan. Lloraba. Su llanto facilitaba algunos planes, obstaculizaba

otros. ¿Cómo ignorarlo? Traté de consolarla. Imposible consolar. Serví su café y la abandoné un par de minutos para pisar. A mi retorno estaba repuesta:

—Te voy a contar algo... —dijo entre lágrimas—. Pero no se lo podés decir a nadie... —agregó, dudando.

—No. ¿Con quién voy a hablar? Contame y yo después te cuento un secreto que si se lo decís a alguien me cuesta la vida. ¿Es de vida o muerte el tuyo? —pregunté.

—No —respondió.

—El mío sí —le dije—, contame. ¡Y me lo creyó!

—No... ¿sabés? ¡Solamente él y yo sabíamos eso...!

—Y lloraba más fuerte.

—¿Qué? —dejé de simular. Era yo ahora el mordido por los perros hambrientos de la curiosidad.

—Que nos gustaba eso... —dijo.

—¿Qué? —pregunté; me estaba impacientando.

—Bueno... a él le gustaba tocarme así, en el pecho, como me tocaste vos. Y era nuestro secreto. Nadie lo sabe y vos lo adivinaste...

—Sí... —le dije. A esa hora (las 3.20) sería adivino o renunciaba a mi plan. Ser adivino una vez más no era tan grave. Mentí sólo por mí. Sólo por ella—. Sí... —dije con naturalidad, como si dijese: “Bueno, no esperaba que te dieras cuenta...”. Pero ya estaba acostada junto a mí en el sillón donde tantas horas habíamos dilapidado con Dianne. Por lo demás...

... Era como una niña, la Marcela aquella. Nos vestimos apurados y al salir recordó la estufa. Llegamos al aeropuerto a una gota de la partida del avión, porque la lluvia no cesaba. En el hall nos salpicó la noticia de que todos los vuelos estaban suspendidos y que el nuestro saldría la mañana siguiente: otro día muerto. Aerolíneas nos alojó en el Hotel Canterfield, en Piccadilly. Una suerte: yo había estado una vez allí y había un botones que se llamaba Boyd y me recordaba, y nos dieron una excelente habitación matrimonial y pude conseguir por unas pocas libras que nos sirviesen la cena en el dormitorio y nos trajesen todo lo que pensé que necesitábamos. Esa noche Marcela supo lo que era una botachera lejos del campo y de cualquier referencia posible

al campo, y dormimos doce horas y despertamos a las ocho y estuvimos haciendo el amor hasta que los de Aerolíneas mandaron al mayordomo a golpear en el cuarto anunciando que el bus partiría sin nosotros, y viajamos en taxi y yo cantaba. Recuerdo que en el taxi rumbo a Heathrow cantaba yo el tango “Volver”. “Adivino el parpadeo...”, pero suavemente.

—¡Tenés nostalgia de Buenos Aires...! —decía ella, mirándome cantar. Y yo respondía que sí, y volvía al tango: “yo adivino...”, y ella seguía creyéndose la historia de la nostalgia, mirando cómo yo cantaba, y algo tal vez debía de escuchar, pero no puedo evaluarlo ahora, aunque debió de haber escuchado.

El vuelo fue excepcional. Hubo una escala de tres horas en Madrid pero el compartimiento central de nuestro Jumbo permaneció vacío hasta que llegamos a Brasil, lo que permitió que después de la cena fuésemos en paz y nos acariciásemos a lo grande, con todo el tiempo delante de nosotros y sin miradas ni oídos indiscretos, salvo la azafata pelirroja, que se comportó dignamente. Me gustó la azafata: mayorcita, de treinta a treinta y cinco años, pero con aspecto fino y mirada inteligente. Al despegar de Heathrow, la máquina había tornado hacia el Oeste, entonces divisé las casitas lindísimas de Dondall, donde Michel vegeta en su asilo, mantenido por el gobierno inglés, sólo porque su crisis ocurrió mientras cubría una nota oficial en Edimburgo. Imposible repatriarlo a Francia o la Argentina —tiene doble nacionalidad—, pues las autoridades sanitarias inglesas no permiten su salida hasta tanto la junta médica certifique su alta.

Toda vez que viajo a Europa paso a visitarlo. Este verano fui sólo para verlo, interesarme por él, darle ánimos y recoger sus obras, que en pocos días le devolveré tipiadas por mi secretaria de Buenos Aires y encuadernadas con prolijidad. Lo hago feliz. Es una de las pocas alegrías de su pobre vida en la clínica. Ahora he prometido enviarle su libro de relatos *Muñecos Punk*, porque la *nouvelle* no le interesa más:

—Tírala —dijo al despedirme. Así que probablemente la bellísima *Historia del caminante* y el relato de la muchacha de

tul aparecerán con mi firma, si los médicos de la clínica continuán descartando toda posibilidad de alta, según anunciaron esa mañana cuando los consulté por teléfono desde el hotel, mientras Marcela en la cama pensaba en el campo y me miraba orgullosa de sus pechos con pequeños lunares como insectos atrapados por una red en las proximidades del pezón.

1978